

Bienvenido a Cuba

Eleonora Mejía Valencia'

El aeropuerto de Cuba resultaba un tanto diferente a lo que él se esperaba. Con tantas ideas en la cabeza, sumadas al estigma propio de un régimen comunista en medio de un mundo capitalista, las expectativas eran algo difusas. Prendió un cigarrillo para saciar la ansiedad del viaje y la confusión de pensamientos en su cabeza. Y, precisamente, así abstraído lo sorprendió un oficial del aeropuerto que se le acercó a hablarle.

-¿Usted fuma?

-Sí, claro -respondió Alberto, un tanto sorprendido ante una pregunta de evidente respuesta.

-Acompáñeme un momento para hacerle un interrogatorio de rutina.

- Perdón... ¿todo está bien?

-Sí, como no, simplemente es una operación de rutina.

En medio de su confusión y cargando el equipaje, Alberto, un arquitecto de veintisiete años, siguió al oficial, con quien ingresó a una especie de oficina. Al abrirse la puerta metálica lo impactaron las paredes grises con afiches de normas y leyes, y pasos a seguir para llevar a cabo operaciones policiales de rutina en el aeropuerto. Se sintió humillado porque pensó que estaba siendo tratado como si hubiera hecho algo ilegal.

—¿Trae usted marihuana entre su equipaje?

-No, señor oficial. ¿Por qué me lo pregunta?

- ¿Fuma usted marihuana? -preguntó el oficial, omitiendo la pregunta de Alberto.

-He fumado, sí... pero ¿cuál es el problema? ¿El cigarrillo que me estaba fumando?

—¿Trae entre su equipaje revistas?

—No, señor oficial.

Para este punto la cabeza de Alberto ya se encontraba bombardeada de ideas y preguntas. Su familia estaba afuera y su avión próximo a salir desde La Habana hacia una pequeña población en la que pasaría la semana Santa con ellos. Alberto había llegado hacía un año de estudiar arquitectura en Europa y actualmente trabajaba en una prestigiosa firma de arquitectos en Cali, fundada por su padre años atrás.

El solo pensar en lo mucho que consideró la posibilidad de esconder entre su equipaje uno o dos baretos, le ponía los pelos de punta. Pero sobretodo, no entendía por qué le estaban haciendo este tipo de preguntas.

—Aquí en Cuba tenemos reglas muy estrictas. No queremos que los turistas ingresen material impreso que hable mal del régimen, y no queremos que se promueva o se consuma drogas en nuestro país. Esta es una inspección de rutina y simplemente es parte de los procedimientos normales que se llevan a cabo en este terminal. Vamos a revisar sus pertenencias antes de que tome el vuelo.

Alberto observó ansioso, por treinta minutos, la revisión minuciosa de cada pieza de ropa, de los utensilios de aseo personal, de cada compartimiento de su maleta, de los bolsillos y bluyines, de todo, como si estuviesen seguros de que iban a encontrar algo. Con la tranquilidad de no tener nada que esconder, pero con impaciencia y con la incomodidad que le generaba la situación, miró en repetidas ocasiones el reloj tratando de dar a entender que no contaba con mucho tiempo. Pero a los oficiales no les interesaba para nada el problema del tiempo.

—Muchas gracias por su colaboración. Puede retirarse y bienvenido a Cuba.

Bienvenido a Cuba. El incidente que acababa de atravesar le decía más de lo que estaba por conocer que cualquier artículo de revista que hubiera podido llevar entre sus pertenencias. Su familia lo esperaba impaciente para tomar el vuelo próximo y Alberto se apresuró a buscarlos, con la indisposición de saber que estaba a punto de someterse a un segundo interrogatorio.

—Quiubo, Beta... ¿qué pasó? ¿A dónde te llevaron? . . .

—Nada, mamá, una inspección de rutina... un procedimiento normal en el aeropuerto, propio del régimen, y lo hacen al azar buscando material que vaya en contra del sistema o buscando drogas. Pero ya. Ya salí. Más bien movámonos, que nos va a dejar el avión.

La relación de Alberto con su familia en ese momento no era la mejor y esto se debía a la convivencia. Durante sus años de estudiante, vivió lejos de la casa y se convirtió en una persona muy independiente, muy abierta y un poco más liberal de lo que sus padres querían que fuera. Ellos eran personas muy conservadoras y tradicionales, y desde que volvió a vivir en la casa chocaban constantemente. Con su mamá tenía muchas discusiones porque sentía que ella se metía mucho en su vida y que lo molestaba por todo lo que hacía. Por eso cuando ella le empezó a preguntar por el incidente con la policía, él sabía que iba a terminar dándole la cantaleta del cigarrillo y del mal aspecto que ese vicio le daba.

Esa noche Alberto supo lo que era el verdadero son cubano. Entre luces sepias y al calor de unos ronones, en compañía de su hermana y su cuñado, se fumó una cajetilla de cigarrillos añoranda los efectos relajantes y estimulantes de la marihuana.

Pero el ron suplió en parte las necesidades del grupo, y con el calor del licor y de la música se relajaron y se quedaron hasta tarde hablando de todo y de nada.

Al día siguiente se despertó solo en el cuarto del hotel. Era como estar en una burbuja. Los mitos del complicado estilo de vida en Cuba eran ciertos, pero jamás se imaginó el contraste entre la película de un turista versus la de un cubano. Entendió que Cuba es un país para sus ciudadanos y otro para los turistas y que, éstos últimos, apenas si se percatan que están haciendo parte de una gran mentira consumista dentro de la cruda realidad del régimen comunista. Dentro del estilo bohemio de Alberto, y su sensibilidad ante las injusticias de los absurdos sistemas que rigen el mundo, le resultaba repugnante ser parte de la oligarquía que miraba el panorama y no hacía parte de él. Pero a la vez dejarse seducir por la comodidad y los lujos era inevitable.

Cuando salió del hotel su familia ya se había ido. Era tarde y no pudo levantarse antes, después de tantos rones. Además, estaba en vacaciones y quería dormir todo lo que pudiera, pues en Cali nunca lo podía hacer, menos trabajando y viviendo con sus padres. Se moría por fumarse un cigarrillo, pero se había fumado la cajetilla entera la noche anterior. Saliendo del hotel le preguntó a un hombre, con el que se encontró de frente, dónde podía conseguir cigarrillos.

- En la esquina hay una tienda donde puedes comprarlos. Si quieres te acompaño.

- ¿En serio? Muchas gracias, bacán -le dijo Alberto.

- y tú ¿de dónde vienes? -preguntó el hombre, un cubano alto, de tez trigueña y de contextura delgada.

- De Colombia. Llegué ayer con mi familia a pasar la semana Santa.

Alberto se caracteriza por ser una persona muy simpática y abierta.

No sabe qué son los prejuicios y, en parte, por desafiar a sus padres, a quienes consideraba demasiado complicados y un poco oligarcas, le gusta establecer relaciones con personas de todas las clases sociales y así demostrarles cuan equivocados se encuentran.

Caminaron hacia la tienda, uno al lado del otro. El cubano le preguntaba cantidad de cosas que Alberto no dudaba en contestar con la mayor de las confianzas. A él le resultaba muy lógico que una persona de adentro de Cuba quisiera saber cómo era la vida de alguien de afuera. Los turistas tienen una película muy diferente a la de los residentes y por eso a Alberto le pareció la oportunidad perfecta para, de verdad, aprovechar las vacaciones y conocer aspectos del régimen que estuvieran más allá de la Cuba construida para los extranjeros. Además, se sintió identificado de alguna manera con el cubano, con quien tocó temas que le parecían muy cotidianos.

Después de relatarle el incidente vivido a su llegada en el aeropuerto, Alberto sostuvo una conversación muy sincera sobre la marihuana.

Le pareció que el cubano se veía como un pelado común y corriente, de su misma edad, y que no había por qué tener tapujos con un tema tan común y tan "relajado". Y le pareció la oportunidad perfecta para conseguir un poco de baretta en la isla; antes de salir de Cali había hablado con varios amigos suyos para averiguar cómo era el

visaje para conseguirla, pero no había concretado nada. Fue así como el cubano se ofreció para conseguirle un porro por veinte dólares, incluida "la vuelta" de ir a traerlo.

- Listo, tené la plata -dijo Alberto.

- Entonces, espéreme aquí -dijo el hombre, señalando el interior de una pequeña fonda donde había tres o cuatro mesas de gente tomando bebidas.

- Bueno, bacán, aquí te espero.

El cubano tomó el dinero y se marchó, pero después de un rato regresó sin la mercancía. Le dijo que no estaba tan fácil conseguirla y que mejor lo acompañara. Alberto sabía a lo que se estaba exponiendo. En realidad su consumo de marihuana, si bien era constante, no era un vicio que no pudiera controlar, como sí le pasaba con el cigarrillo. Podía pasar meses sin fumar marihuana, a pesar de ser un consumidor frecuente, pero no podía pasarse un día sin fumarse un cigarrillo. Por eso cuando notó que el "negocio" se estaba complicando, y ya con la cabeza un poco más fría y más desconfiado, le dijo a su amigo el cubano que no había problema y que dejaran las cosas así. Pero el cubano cambió el tono y, de un momento a otro, le cambió radicalmente la película a Alberto.

El hombre se acercó, lo sujetó por la muñeca, mientras con la otra mano sacaba una placa de su bolsillo y la ponía frente a sus ojos.

-No, no lo podemos dejar así -le dijo-, me vas a tener que acompañar. Soy oficial de la policía de Cuba y te estamos siguiendo desde el aeropuerto. El régimen es muy estricto en cuanto al consumo y tráfico de estupefacientes. No queremos que el turista venga a promover ese tipo de actividades a nuestro país, y todo lo que hemos hablado está grabado, así que me vas a tener que acompañar a la estación.

Alberto se quedó de una sola pieza. En un minuto se le pasó la vida entera por la cabeza. Estaba en un país extraño con sus padres y se imaginaba lo que pasaría si ellos se enteraban: sería una tragedia. Y qué pasaría si la gente de la firma se enterara, los dientes; el hijo del señor Hoyos, el arquitecto estrella de la firma, el niño consentido, ¿deportado por tráfico de drogas en Cuba!

-Oye, pana, ¿de qué me estás hablando? Vos me la ofreciste. Además ¿cuál es el problema? Vení, arreglemos aquí.

Al mejor estilo colombiano, Alberto decidió que iba a dar la lucha hasta el final porque consideró viable la posibilidad de negociar con la ley. Además, por ningún motivo podía someterse a una situación de esa naturaleza, y menos en un país como Cuba, y menos estando de vacaciones con sus papás.

Sabía que las consecuencias podrían ser nefastas y que incluso su futuro se podría ver bastante afectado si no lograba solucionar esa situación por una vía alterna.

Igual pensaba que todo el mundo tiene su precio, y en especial los latinos, para quienes las reglas delimitan dudosamente con la conveniencia y las oportunidades, y más ante la miseria que se puede llegar a vivir en un país como Cuba. El policía encubierto fue cediendo ante la insistencia de Alberto, y fue así como, después de describirse a sí mismo como una persona de escasos recursos, y justificarse de mil maneras, se dispuso a negociar. Pero Alberto no tenía el dinero que el cubano le pedía. El viaje se lo había costado su papá, y había llevado poco dinero porque había pensado en hacer un viaje muy espiritual, muy al margen de las cosas materiales. Sin embargo, lo espiritual se le estaba haciendo un tanto ridículo ante la necesidad urgente de trescientos dólares. Fue, entonces, cuando el cubano le empezó a dar alternativas y, en esa medida, llegaron a negociar lo que el cubano llamaba "artículos de lujo". Con el mayor dolor Alberto le ofreció el minidisc, las gafas y el perfume, pero para el cubano no era suficiente. El cubano le seguía dando opciones porque, según lo entendió Alberto, se disponía a sacarle todo lo que más pudiera a este turista marihuanero.

Además, para él y para sus compañeros estos artículos no tenían valor en sí, ni siquiera los podían usar, pero se los podían vender a otros turistas.

El cubano agotó hasta las últimas posibilidades y Alberto se encontraba inevitablemente sometido.

—¿Y ropa?

- Tengo un bluyin, sólo traje dos: este y el que tengo en el hotel.
- Bueno, pues vamos al hotel.

Mientras caminaban, Alberto se preguntaba qué pasaría si este supuesto policía infiltrado no fuese más que un timador con buen poder de convencimiento. Sin embargo, no quería correr el riesgo. Subió al cuarto, sacó las cosas y se las entregó.

— Bueno, compañero, ya sabes cómo son las cosas en la isla. De vez en cuando al turista también lo tocan. ¡Bienvenido a Cuba!

- Ya me di cuenta, bacán. Gracias y que te vaya bien.

Y Alberto lo observó alejarse por la calle del hotel.

Respiró tranquilo y pensó que ahora tenía una buena historia para contar a Ximena y a su cuñado.

Junio de 2003